

rechazan estas posturas artísticas. Y la respuesta podría ser otra de las conclusiones sacadas de la lectura del libro. Tal vez el teatro no es uno solo, como se afirma; tal vez, si hay un teatro naturalista, un teatro de agitación, un teatro surrealista, o también una literatura del realismo mágico, o grupos de poetas que se denominan piedracielistas, nadaístas, etcétera, etcétera, ¿por qué no un teatro de mujeres? Un teatro de mujeres sobre temas de la mujer, que documente la realidad desde su propia perspectiva, que muestre la sociedad patriarcal desde su propia vivencia y que, a través de este arte, ellas expresen cómo perciben la sociedad actual. Finalmente las mujeres son, aproximadamente, la mitad de la población.

MARINA LAMUS OBREGÓN

## Novillo suelto por el mundo

### Novillo suelto y otros cuentos

Juan Carlos Restrepo Rivas  
Cámara de Comercio de Medellín,  
1998, 172 págs.

El verdadero novillo suelto, más peligroso que un poeta escapado del manicomio, es el autor del libro. De un lugar a otro del planeta, parece, como se dice, un volador sin palo. ¿Qué busca en Fez, en los vóculos de Roma, en las orillas del Arno? El color. Su pasión es la imagen y el color. Viaja para aprisionar en sus retinas todo el color del mundo. Por eso se da el lujo de pasar una noche de luna llena en los canales de La Serenísima, con un gondolero que canta en voz baja para el solitario visitante, no las canciones que el gusto de los turistas le obliga a repetir, sino las que reserva para su intimidad en las noches de luna del golfo, y que ahora le regala, con súbita inspiración, a este desconocido que decide repasar lentamente, una

y otra vez, las iluminadas aguas en las que Venecia parece navegar al airoso impulso del remero.

Su experiencia de otros pueblos y otras culturas no le aparta de lo propio, sino que le sirve para apreciarlo mejor. Y por eso los temas del libro, ganador en el concurso nacional de cuento de la Cámara de Comercio de Medellín (1998), no se originan en otras latitudes, como suelen hacer, por aparentar, los que nunca han salido de una ciudad. Los principales motivos de la poesía antioqueña siguen siendo —asómbrese usted— la Grecia antigua y el Imperio romano. El valle de Aburrá aparece superpoblado con todos los dioses mayores y menores de aquellas culturas, y por la carrera Junín no pasan sino Venus y Apolos y Minervas que probablemente van a tomar el té en el Astor.

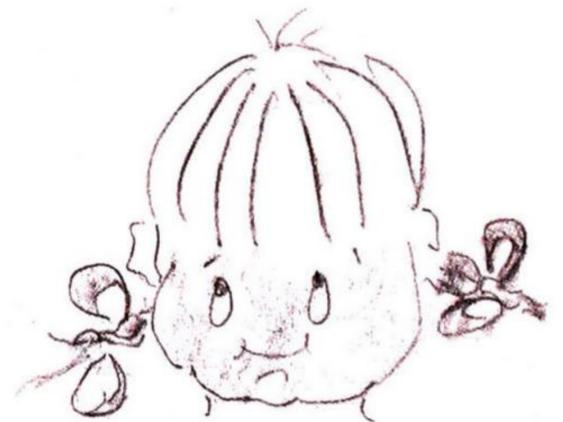
Nunca he tenido el vicio de ofrecer prólogos, que es un método ingenioso para meterse en los libros de los demás. Por voluntad del autor redacté un pórtico para su primer libro, y él tenía el derecho de incorporarlo a su obra. El prólogo fue omitido, porque no estaban de acuerdo con lo que allí se dice las jóvenes funcionarias ejecutivas de la Cámara de Comercio de Medellín, que ejercen la censura editorial a su saber y entender.

La censura, tanto de izquierda como de derecha, ha vuelto a Colombia en nombre de la libertad, la palabra más bella, que se usa para las cosas más feas. A Colombia la espera un mal siglo, otro mal siglo, disputada por fieras que reprimirán toda libertad. No es mi oráculo. Se trata de una vieja profecía, varias veces anunciada. Ya en mayo de 1921 don Marco Fidel Suárez se refería a “la vorágine que amenaza sumergir a Colombia en la barbarie”. Sumergidos estamos. Pregúnteselo a las damas vulgares y groseras del Senado y la Cámara.

De todos modos, el deber del escritor, aunque de poco sirva, es denunciar y protestar, una y otra vez. Palabras eternas de Camus, o de Goytisolo, de la reflexión universal sobre el hombre. Si la historia se re-

pite, se repite lo malo, pero también lo bueno. Establecer la civilización sobre la barbarie es el esfuerzo de la especie para sobrevivir, por oposición al instinto primario destructivo que recibe el nombre de demonio, en la profundidad infernal del subconsciente. Como ocurre con las cucarachas, la única guerra contra la barbarie es una que no termine nunca.

Releído el prólogo, no parece escandaloso. Escandalosas son nuestras masacres diarias. El mundo está escandalizado. En Norteamérica y en Europa la pregunta es por qué el pueblo colombiano no hace nada para defenderse; por qué se deja exterminar pasivamente. La respuesta no corresponde a una reseña literaria.



El siguiente es el preámbulo censurado. Juzgue usted:

El cuento es la puerta de entrada a la literatura. Entre las muchas equivocaciones de la Colombia actual está el haber desterrado a los cuentistas de los medios impresos, con lo cual se aleja la literatura del público, ese público que se reclama inútilmente, por medio de la propaganda, para que compre libros que no le han enseñado a leer. Es un contrasentido del propósito comercial, olvidando que la cultura se alimenta a sí misma en un proceso muy complejo, cuyos resultados económicos dependen de que se formen hábitos de consumo.

El cuento colombiano desapareció como atractivo en revistas, suplementos y magazines, a causa del empobrecimiento de la cultura, con su efecto de arrastre negativo. El lector de novelas se forma en el cuento. Sin ese lector, puede la publicidad vender novelas que nunca son leídas. Si al

escritor actual sólo le importan las ventas, eso carece de incidencia en la cultura. El ocaso de los maestros dio paso a los farsantes, y un pueblo conducido por farsantes y logreros tiene un destino errático.

La idea de contracultura, aplicada a naciones sin tradición cultural, impide la formación de las culturas propias. Tal idea ha sido pensada y puesta en práctica como Restrepo Rivas, mecanismo para imponer la llamada civilización norteamericana, que incluye su antídoto.

El cuento es la gran escuela de escritores, y también su culminación. Borges o García Márquez lo demuestran. Paradójicamente, por ese mismo motivo se cierran puertas a los nuevos narradores colombianos, que cada día tienen menos posibilidades de publicación. Que no nos salga la competencia. Que si no es de nuestro grupo no tiene derecho a existir. Que venga a lamer nuestros zapatos y después veremos. Es la mezquindad de quienes manejan poder de veto sin sentido de la nacionalidad.

Los concursos de cuento tienen por objeto fomentar un género que siempre ha sido muy importante, venido a menos en Colombia por la crisis de la cultura, que ha desplazado a los escritores de los medios impresos.

Con el cuento empieza y culmina la literatura, porque es el mejor vehículo para la imaginación. Todo se crea y ordena a partir del cuento. Y el cuento todo lo expresa, desde la creación del mundo hasta el destino final de los seres humanos. Pero el cuento está amenazado en Colombia, porque hay muchas cosas que contar, y no quieren que se cuenten. El cuento es inmortal, como se sabe, y lo que contemos no se olvidará. Por tanto, no les conviene, y se desacredita el género para disminuir su alcance. Los intereses de poder mueven todo, hasta el hilo más delgado y secreto.

En Colombia no faltan buenos cuentistas, como lo demuestran los concursos, y es indudable que al público le sigue gustando el cuento por atracción ancestral, y por su brevedad, poder de síntesis, eficacia narrativa, fuerza derivada de su concreción, función didáctica y alusiva, y

cercanía con el poema. El cuento expresa mejor a los pueblos que la poesía, porque, al perder su identidad, la poesía acabó convertida en guiñapo literario.

Juan Carlos Restrepo Rivas, autor de estos cuentos, llega a la literatura a través del arte. En el dibujo, el grabado, la pintura, el diseño gráfico, el *collage* y otras habilidades artísticas, el mundo se le presenta como el gran fresco abigarrado de la novela, y decide que también puede pintar con palabras lo que escapa a la variedad de sus instrumentos de artista. Selecciona el cuento, porque el cuento participa de la novela, la pintura, la poesía, y puede ser llevado a los medios audiovisuales. El cuento es síntesis, para un público que prefiere los resúmenes, el comprimido, la simplicidad de lo concreto.

*El olor y la gata* es un tema dramático de vecindario, en clave policíaca, muy bien urdido, con pistas falsas que conducen a inesperadas sorpresas. Se sostiene que cultores geniales agotaron el género policíaco, pero no es verdad, como lo demuestra su éxito en las pantallas. El crimen es consustancial a la humanidad. Nunca desaparecerá. Existen relatos de crímenes cometidos en el cielo. Ahí tiene usted.

La historia del cielo empieza precisamente así. Y sorprende que a Dios, en lugar de condenar sus queridos ángeles rebeldes, no se le hubiera ocurrido organizar una mesa de concertación en alguna zona de despeje, para pactar con ellos la paz eterna y evitar así de una vez por todas los abrumadores males que sus demonios causan en el mundo desde entonces. Ya que no se le ocurrió eso, hubiera podido al menos mandar sus diablos a otro planeta en otra galaxia, pero su mal genio los dejó para atormentarnos aquí en la Tierra, lo que sinceramente no nos parece —Usted perdone, Señor— una buena idea.

*Fieras de tinta* es el relato apasionado por las historietas gráficas. En el inframundo del lumpen, la clientela de las revistas de alquiler comparte sus días con los héroes de ficción en la común aventura de lo maravilloso.

La lumpenización de Antioquia, que se inicia en su capital y cubre todo el departamento como resultado de cincuenta años de violencia, genera el interés morboso de una sociedad que observa el proceso de su desintegración. De ahí que la temática suburbana en Medellín concentre el interés de escritores y artistas locales por formas de vida que producen a la vez escándalo y cierta admiración.

*La zurda y las verduras* continúa en la línea tradicional de la picaresca, con sus ingredientes actuales, que, poco modificados, son los mismos de siempre. Sólo cambian de nombre. Licor, alucinógenos, drogas, música, baile, sexo, llámelos como quiera. Ése es el cuadro histórico. Sólo hay que agregar la hipocresía. Pocas cosas más antiguas que la marihuana, la planta que, según historiadores, dio origen a la agricultura por el uso que de ella conocían los pigmeos.

El género predominante en Antioquia es el costumbrismo. A finales del XX, los jóvenes escritores siguen los pasos de Mejía Vallejo y Escobar Velásquez, sus maestros, aunque enreden algunas frases para disimular lo evidente. Restrepo Rivas no lo disimula. Sus temas son locales; su estilo, antioqueño.

*Diadema de cocuyos* es un cuento fantástico, basado en la leyenda popular. La superstición engendra el miste-



rio. El escritor lo aprovecha. Narrado con naturalidad, sólo al final tenemos el suave horror de haber entrado sin darnos cuenta en una casa en la que nada ocurre, salvo que...

Por último, para no alargar este preámbulo impertinente, en *Novillo suelto* asistimos a un espectáculo común en muchos pueblos: la entrada semanal de los novillos bravos, destinados al matadero. La aparición de los novillos causa siempre conmoción, carreras, sustos. El cuento narra cómo es el pueblo antes de que pasen los novillos; la expectativa, el temor, el recuerdo de lo que ocurrió en otras ocasiones. Pero esta vez es distinto.

Juan Carlos Restrepo Rivas (1962) nació en Andes, tierra áspera del suroeste, donde muchos nacen pero pocos se crían, según dicen allá, no sin orgullo. Graduado en la Pontificia Bolivariana de Medellín, la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de Navarra (España). Profesor en las universidades de Antioquia, Pontificia Bolivariana y Eafit. Ha obtenido distinciones importantes en artes gráficas e ilustración. Posee el carácter educado y llano del hombre culto. Pero téngale miedo. No se olvide que es de Andes.

JAIME JARAMILLO  
ESCOBAR

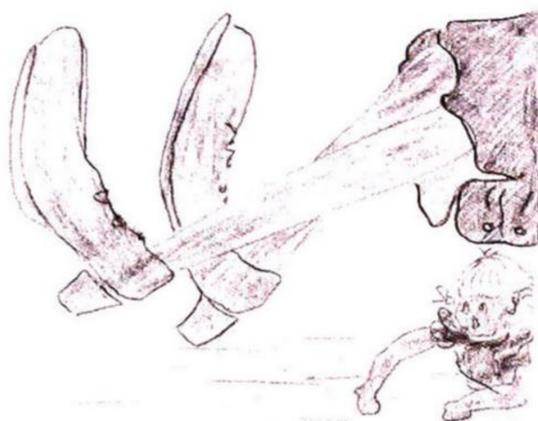
## Cuando la moraleja pertenece también al mundo de la fantasía

### Los exiliados de la arena

Andrés García Londoño  
Editorial Universidad de Antioquia,  
Medellín, 2001, 236 págs.

Tendría que sacar a relucir todo mi complejo de inferioridad colombiano para decir que este libro no es muy bueno. Se trata de uno de esos libros que si le dicen a uno que fue

escrito por Italo Calvino o por Carlo Levi, uno dice: ¡Qué bueno! Pero como el autor apenas es colombiano, no se le presta demasiada atención. Y tampoco hay una crítica como esa que hacía con tanto tino Ángel Rama, que estaba siempre pendiente de resaltar lo que, entre tanta morralla editorial, se distinguía del montón. Hay aun un problema más serio: el autor no ha escrito una novela sino un libro de cuentos.



Tras estar varios años en el exterior observo un fenómeno doloroso. El problema fundamental de la producción literaria en Colombia sigue siendo el de la superstición de la novela. Aquí nadie es autor mientras no publique una novela. No importa que sus cuentos sean excelentes, como en este caso, o que sus ensayos sean un dechado de fantasía y de erudición combinadas, o que su visión crítica sea tan aguda como la de algunos de los colaboradores de esta revista, como es el caso, otra vez, de García Londoño, y conste que no lo digo por conciencia de gremio o por rosca de ningún tipo. Al autor de este libro jamás lo he visto en mi vida. Y si lo conozco es porque lo he leído.

Pero ésta es una colección de cuentos fantásticos, rara en nuestro medio, fascinante. Por su extensión podríamos decir que pertenecen a ese género intermedio por su extensión entre el cuento y la novela corta, que los franceses llaman *nouvelle*. Desde el primero, inquietante, *La plegaria del jardinero*, la historia del cadáver de un ángel o, si se quiere, una reflexión sobre la posesión de la belleza, la imaginación de García Londoño es poderosa y su prosa

bien medida, así como su manejo de los tiempos narrativos insuperable. Y, sobre todo, tiene un acento muy propio. “¿De qué le sirve a un hombre una sola ala si no es para soñar con el cielo?”. El autor es el autor, y si se parece a muchos autores por momentos, en definitiva sólo se parece a sí mismo. Es gótico, es Cortázar también, y son los primeros cuentos de García Márquez, todo a la vez.

*Urbano o el visitante* es una especie de diablo cojuelo, un *voyeur* que decide dedicarse a “observar las vidas de los demás para no tener que vivir la propia” y que trata de conocer a todos los seres humanos, uno por uno, para poder amarlos. Urbano aprende el silencio para observar sin ser escuchado, y el arte del camaleón para mirar sin ser mirado. ¡Su deseo lleva a la exasperación cuando comprende que para dedicar un segundo de atención a todos y cada uno de los habitantes de la tierra necesitaría por lo menos 190 años de vida!

Urbano es el hombre invisible de Wells pero también es el amor por “esa maravillosa obscenidad llamada vida”. Tal vez me hubiera agrado que este cuento se acabara antes de la moraleja, aunque las moralejas de García Londoño están también en el mundo de la fantasía y no caen en el terreno del apólogo, tan caro a la literatura latinoamericana. En este cuento, más que moraleja, lo que hay es dos cuentos entrelazados en uno solo, como en algunos de los relatos de Henry James, y el autor da muestras de una lógica rara y fantástica. Una vez más alguna frase es de contundente hermosura: “Sabía bien que la única manera de alegrarse por el placer que la mujer amada recibía, era no verla cuando lo obtenía”.

El tercero de los relatos, *Clímax*, es una reflexión sobre el mundo perdido de lo erótico. *La savia de Belabar* es un relato de ciencia ficción, con algo de lord Dunsany y algo de Lovecraft, que propone la existencia de una especie de apóstoles de la monotonía, seres estacionados en el tiempo y en el espacio como surgidos de la imaginación de